

FAUNA INDÍGENA

LOS TORDOS¹

Por el Señor Don M. M. de Saussure.

Si los picos ó carpinteros nos llenan de admiracion, cuando en la espesura de los bosques presenciamos sus rudas é ingeniosas tareas; si los colibrís nos encantan por su forma diminuta y la brillantez de sus colores; si los zopilotes se hacen acreedores á nuestra consideracion por los beneficios que nos procuran, los *Tordos*, como amigos del hombre y compañeros leales del hogar doméstico, son dignos tambien de nuestro cariño. Ningun pájaro como el tordo desempeña en México un papel más importante; el número de sus especies y de sus individuos es tan considerable, que por todas partes embellecen el país con el brillo de su plumaje, y lo animan con sus silbidos expresivos y penetrantes. Pobladores constantes de los árboles de los jardines, no por esto desdeñan las llanuras arenosas y desiertas; se les ve brillar tambien en las orillas de los lagos ó en el centro de los pantanos, como otras tantas flores rojas y amarillas medio ocultas entre las espadañas y los juncos: aun tienen la osadía de recorrer las calles de las poblaciones, para allí lucir en sociedad con el hombre, su brillante y metálico plumaje. El tordo es el amigo fiel de los rebaños, el compañero constante del labrador, y el ornato necesario de los campos. Ave que goza de una vida medio doméstica y medio campestre, tan pronto se le ve como guardian de la casa del hombre, ó siguiendo á los ganados en los prados; en una palabra, el tordo cifra su placer donde quiera que encuentra buena compañía. Sea cual fuere la region de México que se recorra, es casi seguro encontrar á los tordos en bandadas numerosas, y cae verdaderamente en gracia verlos pasear con cierto aire de gravedad y animados de inocente petulancia. Su familiaridad es tan notable como la variedad de sus colores; sin embargo, la mayor parte de las especies tienen el plumaje de un negro metálico, que los asemeja mucho á los tordos de Europa. Algunos de ellos tienen la cola larga, y seria fácil por esto confundirlos con las picasas: estas son las urracas ó zanates.

¹ Con este nombre designaron los españoles un grupo interesante de aves americanas, por tener algunas de sus especies semejanza en cuanto al color, con los tordos de Europa, de los que sin embargo son de géneros enteramente distintos.

Los tordos tienen un modo de ver verdaderamente singular, porque al través de su negro plumaje aparece su pupila de un rojo brillante como el fuego, ó blanca como el esmalte de la porcelana. Si se pasea delante de alguna persona, tiene la costumbre de inclinar graciosamente la cabeza hácia un lado para mirarla, descubriendo así el ojo, cuyo color forma agradable contraste con su cabeza tan negra como el azabache.

A la entrada de las poblaciones, el tordo salta alegremente al lado del viajero, quien acoge gustoso á tan gentil y galante compañero. Muy pronto, por la amabilidad de sus maneras, se conquista el cariño de los hombres, y en algunos lugares goza de una seguridad tan completa, que no satisfecho con pasearse libremente por las calles de las poblaciones, penetra confiado á las casas donde recoge las migajas de las mesas. Algunas especies de más pequeña estatura, y que se asemejan por su forma y su plumaje á los estorninos, habitan en gran número en las haciendas de caña ó en las de labor, posados sobre los árboles; de allí descienden en parvadas á los patios, para buscar entre la basura ó el estiércol los granos de maíz ó de cebada, ó siguiendo pacientemente al labrador que abre los surcos, recogen los insectos que el arado saca de la tierra.

Lo más notable en las costumbres de estas aves, es el instinto social que las hace vivir en parvadas, como los estorninos de Europa; pero son mucho más terrestres que éstos: los tordos casi constantemente se pasean, pues de la tierra sacan directamente sus alimentos. Su residencia siempre la establecen en lugares habitados, sin duda porque en los corrales y en los basureros encuentran desperdicios y semillas que les sirven de sustento. Por esto tal vez, tanto en las tierras calientes como en las frias, no se encuentra habitacion cuyas inmediaciones no estén animadas por una ó varias bandadas de estas bonitas aves, que llevan su instinto social hasta acompañar al hombre á los lugares mas estériles y mas incultos. También se les encuentra en las grandes llanuras arenosas que se extienden formando la meseta central del Anáhuac, y en las cuales no hay vegetacion alguna durante seis meses. En esas prolongadas planicies, las haciendas y las cabañas tristemente se levantan sobre un suelo infecundo, en el cual ni hay árboles para recrear la vista, ni el viajero encuentra en varios dias algun sér viviente que reanime su espíritu abatido. Las demás aves emigran en el otoño al terminar la vida de los campos; solamente los tordos quedan en aquellas tristes comarcas, para animar con su vuelo y con sus silbidos la solitaria mansion del hombre. Alegremente se pasean alrededor de ella, ó envuelven en sus graciosos torbellinos el techo de la cabaña. Sin preferencia determinada y sin desden, habitan con tanto gusto en la cabaña del desgraciado indígena, como en el anti-

guo pórtico del hacendado, cuyos pasos siguen, pavoneándose y mirándole con sus ojos blancos ó rojos, y sin cuidarse de dejarle libre el paso.

Muchas de las especies de tordos tienen, como ya he dicho, costumbres eminentemente sociales; otros, por el contrario, no gozan en el mismo grado de ese instinto, y aunque les agrade vivir en sociedad, no se reúnen entre sí, sino que van á buscar bandadas de individuos más pequeños, en medio de los cuales se les ve pasearse con cierta dignidad, inspirada tal vez por la superioridad de su talla.

Cada especie, entre esta multitud de razas tiene, por decirlo así, un suelo que le es propio: unas prefieren las llanuras arenosas, otras las orillas de las selvas, pero jamás se les encuentra en el centro de los bosques, y varias visitan con frecuencia los prados húmedos ó pantanosos. En estos lugares generalmente inhabitados, no son las cabañas las que atraen á los tordos; la presencia del hombre es lo que allí les halaga, y sigue constantemente á los rebaños que aquel encamina. En los prados húmedos es adonde va á buscar la boñiga del ganado vacuno, cubierta casi constantemente de larvas de moscas y de otros insectos, que le proporcionan segura y succulenta comida. En medio de las tierras frías de la meseta, en los pantanos que no son otra cosa que campos cenagosos desprovistos de árboles, el aire resuena constantemente con el grito agudo y extraño de los tordos que allí viven en grandes parvadas; las más bellas especies eligen aquellos lugares para su domicilio. El Comendador ó tordo de charreteras,¹ sobre todos, este pájaro de figura elegante y tan notable por el rojo vivísimo ó el amarillo que luce en sus alas, parece que es el que constituye la población alada de las ciénagas. En casi todos los lugares húmedos se ve grande abundancia de ellos; se encuentran, sin embargo, algunas otras especies, entre las cuales he notado algunas urracas² que llaman la atención por su larga cola, que hace su vuelo pesado y singular. Mas todos estos pájaros no se reúnen en parvadas compactas; sus numerosos individuos andan dispersos en toda la extensión del terreno, buscando los animalillos que viven en el fango. Después de haber atrapado los gusanillos que están á su alcance, cada individuo levanta su vuelo pesado y tortuoso, y lanzando al aire sus ásperos silbidos, se trasporta á otro lugar para continuar su caza. Cuando estos pájaros andan entre las ciénagas, se preocupan de tal manera picoteando en el fango, que muchas veces ni advierten la presencia del cazador, y si llegan á advertirla, levantan bruscamente el vuelo sin dar un solo paso. Al Comendador, en vez de pasearse en el suelo, se le ve volar constantemente, debido á la violencia con que explora

1 *Agelaius gubernator*, Bp.

2 *Quiscalus macrourus*, Sw.

el lugar que está al alcance de su pico, lo cual le obliga á cambiar á cada instante de residencia. No descansa sino para volar de nuevo, y al trasportarse á algunos centenares de pasos, parece que solo está contento en el sitio que acaba de dejar.

Curioso es el espectáculo que presenta un prado siempre verde, esmaltado de multitud de puntos rojos y amarillos, ocupados constantemente en cambiar de lugar. Es un vaiven continuo de aves que se encuentran y se cruzan en los aires arrojando gritos agudos, un verdadero juego en que toman parte diferentes especies de aves, cuyo variado vuelo forma una diversion interesante.

No son solamente los tordos habitantes de los pantanos, son tambien los amigos de las vacas; son los constantes compañeros de los ganados, y se toman grandes libertades con la raza bovina. Se posan en el cuello, en la espalda y en los cuernos de las vacas y toros; toleran esta familiaridad en cambio de los parásitos de que les despojan. En las horas más calurosas del dia, los toros se hunden en el limo de los bordes de las lagunas para sustraerse de los ardores del sol y de las picaduras de los tábanos; dejan solamente de fuera la extremidad del hocico, y este islote de carne viva sirve invariablemente de pedestal á algun Comendador vigilante, guardian severo de las narices de su huésped y á las que ningun tábano se atreveria á acercarse sin ser devorado al instante. Se concibe lo que semejante reciprocidad tiene de atractiva, y cuánto influye esta tácita inteligencia entre el cuadrúpedo y el ave para cimentar su amistad natural. El buey desea ardientemente al tordo, cuyo pico le rasca agradablemente las narices y lo pone al abrigo de molestas picaduras, y por otra parte el ave encuentra en estos islotes carnosos una red tendida á su caza favorita. ¡Qué naturalista al acercarse á estos parajes ha resistido á la tentacion de disparar sobre estos pájaros, y cuál no ha sido su sorpresa viendo bajo el cuerpo de su víctima moverse el suelo, levantarse una oleada de fango y vomitar un monstruo marino que, herido en lo más vivo, se arroja impetuosamente sobre el imprudente agresor!

La primera vez que se contempla el espectáculo de un pantano de este género, causa un sentimiento profundo de admiracion. Esta planicie verde, llena de vida, de gritos diversos, matizada de aves rojas, amarillas ó negras en una continua agitacion, y entre las cuales se mueven las cohortes de espátulas rojas, de tántalos blancos, de ibis purpúreos y de zancudos de todas clases, es un espectáculo que se asemeja á una gran fantasmagoria, á una saturnal de la naturaleza, á la que el hombre asiste como un sér extraño. Más tarde el sol desaparece en el horizonte, los gritos cesan, las aves emprenden el vuelo, el espectáculo está terminado y el encanto ha desaparecido. El reposo de

la noche ha sucedido á estas escenas animadas, y tal parece que ha sido una vision que se desvanece como por encanto.

Hemos visto que cierta categoría de tordos habitan de preferencia las llanuras y viven en bandadas, otras prefieren los pantanos y se reúnen en un mismo lugar sin asociarse sin embargo. Hay otras razas que no parecen tener este instinto social, y cuyo género de vida es diferente. Estas especies muy numerosas, la mayor parte ataviadas de vistosas libreas de color negro y amarillo, y que viven diseminadas en los árboles y en los breñales, son las calandrias, notables por la habilidad que despliegan en la construcción de sus nidos. A lo largo de los arroyos y de los estanques establecen por lo regular su domicilio, escogiendo de preferencia los árboles que cubren sus márgenes y las ramas que cuelgan sobre las aguas. Estos nidos tienen la forma de una larga bolsa con su entrada lateral: el pájaro los fabrica artísticamente con filamentos de bejuco y con plantas trepadoras que entreteje para formar una red de anchas y resistentes mallas, en cuyo fondo deposita sus huevos. Es muy común encontrar estos graciosos edificios que el viento balancea sobre las tranquilas corrientes de los ríos.

El género de vida de los tordos merece estudiarse con cuidado, pues tiene sin duda particularidades del mayor interés en los variados instintos de sus especies numerosas. Las calandrias viven por pares como las aves solitarias; los comendadores establecen sus nidos entre los juncos, pero en cuanto á las especies que viven en bandadas deben tener costumbres singulares en la nidificación.

En efecto, las aves sociales se dispersan en lo general una parte del año para entregarse á los cuidados de su prole; las sociedades se interrumpen y acaban por disolverse. No sucede lo mismo en los tordos; ciertas especies se reúnen en bandadas en el mismo árbol y lo cubren con sus nidos. Pero llama la atención ver á otras que continúan vagando en derredor de las habitaciones sin cuidarse de sus deberes conyugales, como si la naturaleza no les hubiese impuesto una función de este género; esto hace suponer que descargan en otras especies sus atenciones domésticas. Sin duda cada una de ellas tiene una manera especial de conducirse: ésta ha sido observada en un tordo negro de corta talla y de menor tamaño que el mirlo de Europa, de ojo encarnado y que por lo regular anda reunido con otras razas superiores á él; probablemente es el *Molothrus æneus* de Cabanis. Este pájaro no construye nido ninguno, pues le es más cómodo buscar el de una especie de gorrion moreno que tiene la costumbre de establecer el suyo en la tierra. Con este objeto se pasea entre las yerbas, espionando el momento en que el gorrion después de haber puesto sus huevos, se aleja de su nido en busca de alimento; se aproxima,

se instala en él, los arroja del nido dejando uno solo, al lado del cual pone el suyo. El astuto tordo se pasea de nido en nido con gran perjuicio de los gorriones, y quizá también de otras muchas especies, destruyendo á los herederos legítimos de su habitacion y confiando el cuidado de su progenie á la ternura de aquellos que despoja, despues de haber usurpado el lugar y los cuidados que un industrioso pájaro le preparaba á su propia familia: este Cuclillo de nuevo género se dice que de tiempo en tiempo va á rondar los nidos para vigilar el éxito de su superchería. ¹ El gorrion, más laborioso que prudente, cubre el huevo extraño con el mismo amor maternal que el suyo, cria al tordo pequeño, que muy pronto llega á ser más grande que él, y que no podría nutrirlo lo bastante si la madre del intruso no hubiera tenido la precaucion de sacrificar varios gorriones por el bienestar de sus hijos.

Pero si los tordos son aves desnaturalizadas, desprovistas de ternura maternal tan general en las de su clase, no son ménos dignas de nuestro aprecio bajo otro punto de vista, y su utilidad deberia hacerlos estimar del hombre. Ninguna ave quizá destruye un número de insectos tan considerable, y cuando llegan esas nubes de langostas que devastan países enteros, en los tordos encuentran sus primeros enemigos, quienes los devoran con delicia y los diezman sin descanso. Despues de haber comido hasta saciarse, no abandonan el lugar sin llevar en el pico una langosta, y probablemente á la abundancia de estas aves son debidos los huecos graduales que se notan por lo comun en las filas de estas legiones de insectos. ¿Este solo hecho no los hace acreedores al más vivo reconocimiento del hombre, y no debe granjearles consideraciones justamente merecidas? ¡Pero qué léjos están los habitantes de México de corresponder á estos servicios! Aunque la carne de los tordos no sea de un gusto delicado, se matan muchos para comerlos, y en vez de impartirles proteccion no parece sino que hay empeño en destruirlos; pues se tienen las mismas preocupaciones que durante mucho tiempo precedieron á la destruccion de las aves pequeñas de Europa. Con el pretexto de que se nutren de cereales, accidentalmente á la manera de los gorriones, se les detesta lo mismo que á estos, llegando el odio hasta destruir los árboles porque dicen que los atraen: así es que en los lugares en que el calor es sufocante, las gentes por torpeza se privan de la sombra que podría templar los ardores del sol. Esta medida de destruccion, excusable á lo más en Europa, en los distritos en donde los granivoros abundan en gran número, ha pasado de España á América. Estas preocupaciones deplorables han causado en primer lugar la destruccion de los arbolados en ciertos distritos, y en seguida privado de abrigos á las bandadas diezmadadas de aves que son casi la única

¹ Este hecho contado por los indios necesita confirmarse.

barrera que se opone á la plaga de la langosta, dejando á este azote una libertad de desarrollo frecuentemente peligroso. ¹

PLANTAS INDÍGENAS.

MEMORIA

SOBRE EL CULTIVO DEL CHILE: APUNTES ACERCA DE SU HISTORIA Y ANALISIS QUIMICA:
 GLASIFICACION DE ALGUNAS DE SUS ESPECIES,
 POR EL SR. D. MANUEL CORDERO, ALUMNO DE LA ESCUELA NACIONAL
 DE AGRICULTURA DE MEXICO.

Entre las variadas producciones que cubren la superficie del globo, ningunas son tan importantes de conocer como las del reino vegetal. ¡Cuántas riquezas en efecto debemos á las plantas! Por aquí el trigo y el maíz nos prodigan sus feculentos granos con los que se prepara el pan; por allí la viña y el maguey nos suministran bebidas generosas que reparan nuestras fuerzas; mas léjos las legumbres que cubren nuestras mesas de variados manjares; los árboles nos brindan unos con su fruto, otros con su goma, resina, y todos ellos con su madera que proporciona el fuego y que la mano del hombre ha apropiado á tantos usos industriales. Las innumerables plantas que tapizan los campos, nutren al caballo y al buey, nuestros fieles compañeros de trabajo, á la vaca y á la cabra que nos dan su leche, al carnero que nos abriga con su lana y nos alimenta con su carne. Se necesita un remedio que oponer á una enfermedad, casi siempre lo encontramos en una planta; al reino vegetal pedimos en fin, el aceite que nos alumbrá, la tela que nos cubre, y los colores que halagan nuestra vista.

Pero si todos los vegetales crecen y se reproducen naturalmente, al hombre es debido su mejora y propagacion en los diferentes lugares de la tierra; la agricultura, la mas útil y antigua de las artes, y que ahora ha pasado á la

¹ Jamás he observado que los tordos causen en México los graves perjuicios de que habla Wilson en su *Ornitología Americana*, pues nunca los he visto precipitarse en parvas realmente peligrosas sobre los campos. Además, solo los tordos negros viven en ellos. Los Comendadores habitan exclusivamente los pantanos, sin duda á causa de la grande sequedad del país. Las planicies pantanosas del Valle de México y los oasis húmedos que se encuentran en medio de las arenas del Anáhuac, son sus lugares de predileccion. No arriban á él en legiones numerosas como en los Estados-Unidos, y jamás he visto á los Comendadores atacar á los cereales. Es de presumirse que los tordos en general prefieran la nutricion animal y no perjudiquen los cultivos sino cuando faltan los insectos.